



REVISTA SEMANAL
REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN
É IMPRENTA: ROSELLÓN, 208

ILUSTRADA

C. SAN FERMÍN Madrid

Instituto de ZARAGOZA

A. Adolfo Melón

Miguel Martínez

Lauro Melón

Instituto de CASTELLÓN

Instituto de ZARAGOZA

C. MARAVILLAS Madrid

José Potenciano

Ant.º Cabello

Aurelio Capote

C. MARAVILLAS Madrid

Raimundo Peñalver

C. MARAVILLAS Madrid

Antonio Colado

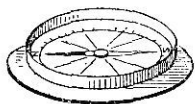
C. ALFONSO XIII Madrid

Nuestros estudiantes

Primeros premios y matrículas de honor

El imán y la brújula

No, no se está quieta! Y no es eso sólo; cuando se para, lo hace en la misma dirección siempre. ¿Ves?... Le doy vuelta para que varíe hacia mi lado, y no hay forma humana de lograrlo. Ahora la N mira del lado de papá y la S del mío; pues bien: la punta oscura señala á papá. Mira ahora: le doy vuelta y sigue lo mismo, cuando si lo hago con este lapicero, señala la punta al lado que lo dirijo.



Carlitos, que como su hermano está dándole vueltas á una magnífica brújula, la esfuerza en vano por obligar á la punta imantada á variar de su natural inclinación.

Por fin, dice Senén á su papá que los mira sonriendo burlonamente:

—¿Quieres hacer el favor de explicarnos esto, papá? Porque, cuando te ries, es que se trata de algo que nosotros no comprendemos.

—¡Gracias á Dios que has dado tu brazo á torcer!... ¡Temiendo estaba que tu soberbia hubiese sido mayor que tus ganas de instruirte ó tu curiosidad! —dijo el padre.—Pero, puesto que te das por vencido, oídme los dos.

Este instrumento se llama brújula.

—¡Eso ya lo sabía yo! —dijo Senén.

—¿Lo sabías? ¡Pues mira! Lo que estás demostrando que ignoras, es que la presunción, la vanidad y la pedantería, son hermanas. De otro modo, te guardarías de interrumpirme, con lo cual demuestras muy mala educación.

Carlitos, oyendo el tono severo empleado por su papá, miró enojado á su hermano, y suplicó:

—¡Cuéntanoslo, papá! No hagas caso de ese tonto. ¡Anda!

—En primer lugar,—prosiguió don Cleto,—creo recordar haberos dicho que todos los cuerpos que existen en el mundo, la tierra, los astros, el sol, se hallan dotados de una propiedad que se llama atracción; es decir: que se solicitan unos á otros. La Tierra, que es el planeta que sirve de morada al hombre, es una esfera que tiene dos polos, dos puntos que coinciden con los extremos de un eje imaginario sobre el

cual gira de Occidente á Oriente en el período de veinticuatro horas. Luego, si suponemos un círculo máximo trazado á igual distancia de los polos, tendremos lo que se llama

el Ecuador, que dividirá la esfera en dos partes iguales que llamamos hemisferios, de las cuales una conocemos por Norte y otra por Sud.

Pues bien: hay dos clases de magnetismo de los cuales el uno *atrae*, y el otro *repele*; y tan es así, que si nos hallamos en el hemisferio Norte, la aguja de la brújula se dirige al Norte,

porque hacia aquel lado se ejerce la atracción: si estamos en el hemisferio Sud, dirígese hacia el Sud, y si nos colocamos en el Ecuador, es decir, á una distancia igual de uno y otro, la aguja permanece inmóvil.

Y voy á demostrároslo con esta varilla de hierro que imano frotándola con fuerza y que con un hilo suspendo de este junco que acabo de arrancar á la cestita de mimbres de vuestra hermanita. Ahora tomo este imán, y lo aproximo al extremo que señalo con el número 1. ¿Qué sucede?

—¡Que lo atrae! —dijeron los chicos con alborozo.

—Pues bien: aplico ahora la punta número 2 del imán al extremo número 1 de la varilla, y...

—¡Se marcha! —dijo uno.

—¡Lo repele! —gritó el otro.

—Lo repele, sí; y lo mismo sucederá si trocamos los términos y aproximamos las otras puntas, lo cual demuestra que en cada extremo de las agujas, que son los dos *polos*, hay dos magnetismos: uno que repele; otro que atrae. Vamos á imanar esta varilla por frotación con el electroimán (que así se llama este hierro que tiene forma de herradura). Vierte ahí encima los polvos de la salvadera.

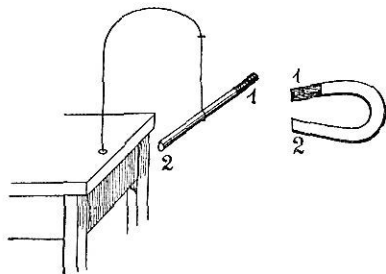
—Se adhieren los polvos á las dos puntas.



—Y en el centro, ni un solo grano,—dijo el otro.

—Ni uno solo; y éste es un fenómeno, un misterio que no ha penetrado aún el hombre. Ya veis: esta es la demostración de lo que os decía antes, y esta es la razón de que la aguja de la brújula se dirija siempre hacia el Norte.

—¿Y quién inventó el imán, papá?



—No fué invento; fué la casualidad la que dió á conocer sus propiedades, y es curiosísima la forma en que esto fuvo lugar.

—¡Cuéntanoslo, papá!—dijeron los dos niños.

—Pues un pastorcillo frigio, según Nicanandro, llamado Magnés, notó al cruzar el monte Ida que le costaba un trabajo enorme andar por un sendero sembrado de rojizas piedras, hasta que llegó un momento en que los clavos que sujetaban las suelas de sus abarcas y la ferrada punta de su cayado se adherieron al suelo con extraordinaria fuerza. De ahí vino el conocimiento de las propiedades del imán, que es un conjunto de peróxido y protóxido de hierro.

El descubrimiento de la polaridad del imán, es decir, de su tendencia á dirigirse siempre al Norte, data del siglo XII, por más que la brújula, tal como la conocemos hoy, no se inventó hasta el siglo XIV por el navegante italiano Flavio Gioja.

El magnetismo, y se llama así en recuerdo del pastorcillo Magnés, es una de las maravillas de que el hombre estudia y aprovecha los efectos, pero cuyas causas escapan á sus investigaciones.

Recientemente un navío alemán fué envuelto por una nube fosforescente haciendo la travesía del Atlántico, cuya nube imanó por un momento todo el metal de bordo.

La obra muerta y la tripulación estaban

como impregnados de fuego, la brújula oscilaba como un abanico metálico, y las cadenas estaban tan fuertemente unidas unas con otras, que fué imposible separarlas.

Afortunadamente, aquella serie de fenómenos magnéticos duró poco y renació la calma entre la tripulación del «Molucan».

A. PALLAVICINI

Para dibujar y escribir

con la mano izquierda

ES un hecho demostrado que la mano izquierda puesta al lado de la derecha sujetando un lápiz, tiene tendencia á ejecutar los mismos movimientos, pero en contrario sentido.

Para dibujar ó escribir fácilmente con la mano izquierda, cógese un lápiz con esta mano y un trozo de madera con la derecha, ejecutando con ésta los movimientos como si se dibujara, y la mano izquierda, que sostiene el lápiz, traza en el papel exactamente lo que se dibuja con la mano derecha, pero en sentido contrario.

Para que lo escrito con la mano izquierda sea legible, es preciso servirse de un espejo ó de papel de poco cuerpo para leerlo por transparencia.

A LA NIÑEZ

Viute párvulos ad me venire.

J. CRISTO

*¿Qué son los niños? Santuario agosto
donde, tras el pecado, fué á esconderse
el virginal candor de la inocencia.*

*De los ángeles todos son la imagen;
dorado ensueño de la triste vida;
recuerdo amado es en la edad madura;
visión celeste del mortal que mira
el sol de la existencia trasponerse...*

*¡Los niños! ¡la niñez! Luz blanquecina
que esplende en los umbrales de la vida
como la aurora pálida de un día
de tempestad y de tinieblas lleno...*

*¡Cuán bello el pajarito que, inocente,
canta en la umbría sin temor! No sabe
que asechanzas y lazos le preparan
hombres sin alma y corazón malvado.*

*Capullo virginal, sólo bañado
por la luz de la aurora, intacto y limpio,
no espera, en su pudor, que mano extraña
su perfume le robe y lo marchite,
esparciendo sus pétalos al viento.*

*¡Qué lindo es el arroyo que susurra
de sus fuentes salido cristalino!*

*Quizás no espera que enturbiado río
sus aguas puras sorberá en el valle.*

*¡Inocente paloma, que del nido
salido te has por visitar los montes,
y los bosques y ríos, y los lagos!*

*Si tu suerte futura contemplaras,
jamás del santuario de tu nido
te movieras en busca de aventuras,
¡que así tu vida y candidez peligran!*

*¡Los niños! ¡la niñez! Grata añoranza
del misero mortal que peregrina
por los senderos de la incierta vida...
Cuando lllore su ingente desventura
y luche con las ondas encrespadas
que su barquilla á zozobrar la llevan,
recuerde el sólo instante de su vida
tranquilo y de bonanza rodeado:
recuerde, allá en la noche de sus penas,
la bella aurora de la infancia suya,
presagio acaso de un nacer más bello,
quizás emblema de la vida edénica,
imagen santa del vivir del cielo.*

R. D. DE B.

Los caprichos de Doroteo

DESPUÉS de doce años de infecundo matrimonio, doña Eleuteria y su esposo don Doroteo tuvieron un hijo que vino al mundo con la cabeza en forma de melón, las piernas torcidas y el vientre en punta.

El chico era un verdadero fenómeno, pero á los papás les parecía encantador y dedicaron á él todos sus amores. Fué creciendo el muchacho, entre mimos y complacencias, y cuando tuvo cinco años, era la criatura más caprichosa é insoportable del planeta. Algunas veces decía la mamá:



—Doroteo, estamos criando muy mal á Doroteito;—y contestaba el padre:

—Mujer, déjale hacer cuanto le venga en gana. Pobrecito! ¿Cómo quieres que tenga reflexión, si es tan chiquitín?

Dueño absoluto de la casa y virgen de toda contrariedad, Doroteito se salía siempre con la suya, y un día se le antojaba que el padre se pusiera en cuatro pies, y otro día que la mamá se pintase bigote y otro que la criada se tiñese de negro.

No había quien se atreviera á contrariar al niño, porque don Doroteo, haciendo uso de su autoridad, exclamaba:

—Aquí se obedece á Doroteito. ¡No faltaba más! Y el que no esté conforme, por la puerta se va á la calle.

El niño, que tiene hoy siete años, campa por sus respetos, y cada diablura que realiza produce el entusiasmo del papá.

—¿Has visto qué ingenio tiene Doroteito?—dice á su esposa.—¿Qué crees que ha hecho hoy? Pues ha cogido un zapato de la criada y lo puso á asar en el horno.

—¡Jesús, Jesús!—grita la madre.—No debemos permitirle esas cosas.

—Pero, ¿no te hacen gracia?

—A mí, no; al contrario.

—¡Pero, si es tan mono!...

Algunas veces, la mamá, aun á riesgo de que su esposo se enoje, va en busca del muchacho y le afea su conducta; entonces él se arroja al suelo desesperado y comienza á lanzar berridos espantosos. Acude el padre lleno de angustia.

—¿Qué tienes tú, hijo mío? ¿Quién te ha hecho llorar?

—He sido yo,—interrumpe la madre.

Don Doroteo coge á su esposa por la muñeca y le dice con acento trágico:

—¿Qué te propones? ¿Que nuestro hijo adquiera una enfermedad y se lo lleve Dios? Y después, cogiendo al muchacho:

—Ven aquí, tú, pobrecito... El único que te quiere en esta casa soy yo.

Con estas y otras escenas por el estilo, el muchacho se crece, y como confía en el apoyo

incondicional de su padre, sigue haciendo cuanto se le antoja. Si tiene ganas de comer, come; si no se quiere vestir, anda por casa en camisa; si se le ocurre quedarse en la cama, allí se está horas y horas haciendo títeres. Días pasados se empeñó en que le comprasen un carnero para dormir con él y con el carnero duerme hace una semana; al animal, ¡claro! le molesta la postura, y entonces el chico llama á su papá y le obliga á que se acueste también, á fin de sujetar al carnero. A todo se somete aquel padre pernicioso, con tal de que el niño no lllore.

Las personas que tienen que ir á visitar á doña Eleuteria lo hacen con cierto temor, porque saben como las gasta el niño y esperan que ha de ocurrirles algo desagradable.

El niño no se recata para decir todo lo que le viene á la boca, y á lo mejor se queda parado delante de una señora, exclamando:

—¡Recontra! ¡Qué fea eres!

El papá se echa á reír, y añade con regocijo:

—¿Pero, ha visto usted qué ocurrencias más saladas tiene esta criatura?

La otra tarde fué á casa del matrimonio su amiga doña Gertrudis, que es una viuda muy escrofulosa y muy fina. La infeliz llevaba un pañuelo atado al carrillo.

—¿Qué es eso, Gertrudis?—preguntóle doña Eleuteria.

—Un flemón horrible,—contestó la doliente.

—¿Tiene usted alguna muela picada?—dijo don Doroteo.

—Sí, señor; tres.

—¡Pobrecilla! ¿Cuánto estará usted sufriendo!—exclamó doña Eleuteria.

—No lo sabe usted bien; tengo en la encía así como una bola.

—Que me enseñe la bola,—dijo el muchacho disponiéndose á subirse sobre las rodillas de Gertrudis.

—Estoy deseando que se me reviente,—añadió ésta.

El niño, dirigiéndose á su papá, le dijo:

—¡Yo quiero reventarle la bola!

—Estate quieto, Doroteito.

—¡Quiero reventársela!—gritó, y tiróse al suelo y comenzó á patearla.



—¡Quiero reventársela! ¡Ji... ji... ji!...

Don Doroteo, muy apurado, dijo á la viuda en tono suplicante:

—Gertruditas, déjese usted reventar el flemón para que no se aflija Doroteito...

LUIS TABOADA



JOYAS PICTÓRICAS

Salus infirmorum

Menéndez Pidal

Suplicamos á los alumnos de enseñanza oficial que han obtenido matrícula de honor en el pasado curso, y cuyos domicilios no se nos han facilitado en los Institutos, se dignen remitir sus retratos, para publicarlos en nuestra REVISTA,

á nuestras oficinas: Calle Rosellón, núm. 208, Barcelona.

En el próximo número publicaremos el resultado de nuestro concurso LA TELA DE ARANA.

Noche de invierno

No pudo dar un paso más.

Sus piernas, desfallecidas, se doblegaron al peso de aquel cuerpo, debilitado por el hambre y la fatiga, y el harapiento mendigo, sin hacer otra demostración del inmenso quebranto que abatía su alma, dirigió á lo alto una mirada profunda, llena de tristeza—expresión melancólica de supremo dolor, ó acusación impía—y cayó desplomado junto al quicio de un portal.

La noche era cruel. Noche de enero, en la que soplaban un vientecillo frío y sutil que, como puñado de agujas, hería los rostros y las manos, helando la sangre de los descuidados transeúntes que, á deshora, recorrían las calles de la villa, en demanda, unos del confortante calor del hogar; en busca, otros, de los fugaces é insensatos placeres que el vicio proporciona, y algunos, esclavos de su penoso deber, á vigilar por la paz y el reposo del honrado vecindario.

Frontera al portal donde el mendigo yacía presa de un letargo muy semejante á la muerte, alzábase la suntuosa fachada de aristocrático palacio, cuyo portalón abierto, mostraba, iluminado con focos incandescentes, amplio zaguán, por el que paseaba, de un extremo á otro, embutido en vistoso capotón verde guarnecido de pieles con galoneadas bocamangas y doradas carreras de botones, el grave portero, de elevada estatura, recios hombros, ancha espalda, carirredondo y patillado, que bostezando ruidosamente, desahogaba el cansancio y aburrimiento que sentía, mientras esperaba con la paciencia de un Job, bien mantenido y satisfecho, que llegase la hora de terminar la reunión para cerrar la puerta del señorial recinto, á su cuidado confiada.

El mendigo quedó inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en las vidrieras del frontero palacio, por las que se percibían, al través de profusa iluminación, el constante girar de las parejas que bailaban; el ir y venir de los criados conduciendo sendas bandejas cubiertas de

exquisitos dulces y licores; las alegres vocecitas y carcajadas de las jóvenes que disfrutaban el delicioso encanto de una fiesta, para ellas siempre nueva y agradable; y en medio de aquel leve murmullo, como de lejana colmena, los acordes de un sexteto cuyas notas marcaban el ritmo de la danza que á la sazón se hallaba en su apogeo.

Por la frente del mendigo cruzó una idea extraña: sus pupilas, inmóviles, se animaron súbitamente de un fulgor muy vivo, y brillaron en la penumbra con la intensidad de dos focos luminosos.

Aquella alma, pocos momentos antes abatida por el dolor y la miseria, pareció renacer con nuevos bríos y apercibirse con alientos sobrehumanos á luchar denodadamente contra los terribles embates del destino que así la maltrataba, procurando su aniquilamiento. El rostro adquirió vigoroso tinte de placidez y bienestar, y el derrumbado cuerpo experimentó algo así como una violenta sacudida eléctrica, que le hizo estremecer agitando sus miembros, entorpecidos por el hielo y la debilidad orgánica que los paralizaban y consumían.

Y aquel miserable, que jamás pudo saborear las delicadas sensaciones del placer que, estimulando los sentidos hace á los mortales más llevadera la carga de la existencia; aquel espíritu inculto que no comprendía las delicias que la educación y el talento proporcionan á las almas elevadas; aquel mendigo moribundo y andrajoso, que no tuvo más satisfacción durante su vida, siempre apercada, que la de alimentarse con la limosna y las migajas que los caritativos prójimos le arrojaban al paso, sintió en tal instante una emoción inexplicable por lo desconocida; su corazón comenzó á latir con inusitada violencia; su pecho parecía ensancharse, y la sangre, circulando con vertiginosa rapidez, agolpábase á su cerebro, haciendo palpitár las sienas con trepidaciones lentas y acompasadas, como si estuvieran sometidas al rudo golpear de ciclópeo martillo...

Y cruzó el portalón del palacio: vestía rico traje de irreprochable corte, cubierto con amplio ruso bordado de pieles. Hízole el portero profunda reverencia y acompañándole con solicitudes de esclavo, abrióle una cancela que daba acceso á la escalera principal.

Subió nuestro héroe con la seguridad de quien está acostumbrado á ver semejantes espectáculos y, sin vacilar, llegó hasta el centro del salón, en el momento de suspenderse la danza para dar reposo á los agitados cuerpos. Saludó respetuosamente á los dueños de la casa, correspondió á los cumplimientos con que los allí reunidos le recibieran y muy pronto vióse rodeado de hermosas mujeres que le dirigían sus más atractivas sonrisas y sus miradas más insinuantes, á la vez que los hombres se disputaban el honor de estrechar sus manos.

—¿Cómo tan tarde, marqués?

—Perdonad, duquesa; negocios de Estado me han retenido en el ministerio más tiempo del que yo hubiera deseado... ¡Esto está delicioso!

—Tiene usted comprometido un rigodón con la vizcondesita de...

—Lo sé y seré muy feliz cumpliendo como bueno.

—Y una partida de tresillo con el conde de...

—Le daré el desquite, porque esta noche no espero estar tan afortunado como la última...

Terminado el rigodón, pasó á la sala de tresillo y en-golfado en la partida perdió unos centenares de duros. Después abrióse el buffet y llegaba á más andar la mañana cuando se dió por terminada fiesta tan agradable, y los concurrentes desfilaron, dirigiéndose en sus respectivos carruajes, en demanda del necesario reposo al grato abrigo de los mullidos lechos.

Al mismo tiempo, una mujer, abriendo el portal de la casa frontera al palacio, tropezó con el inanimado cuerpo del mendigo, y aterrada por tan desagradable sorpresa, pidió auxilio; los transeúntes que se encaminaban al trabajo rodearon al cadáver, dióse aviso á la casa de socorro más inmediata y al juzgado de guardia; llegó el médico y certificó que aquel hombre había muerto de frío y de hambre; el juez ordenó la traslación del cadáver al depósito y los testigos de aquella lúgubre escena se alejaban tristes y pensativos, murmurando:

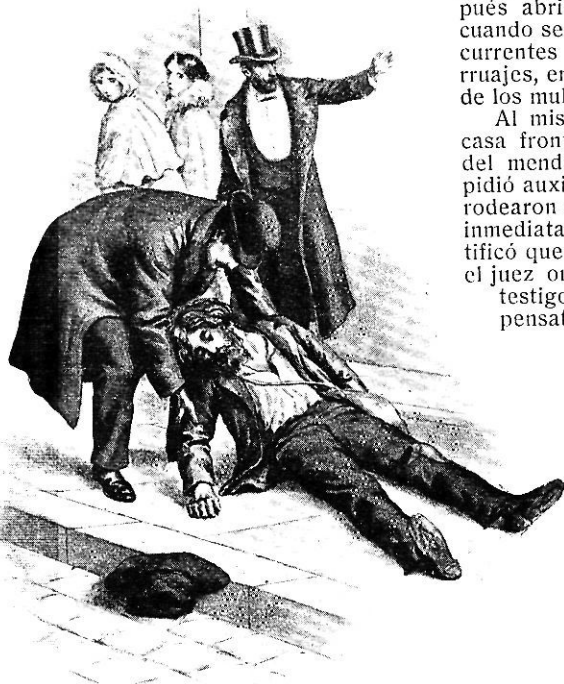
—¡Qué muerte tan horrible!... ¡Oh, la miseria, la miseria!...

La prensa publicó el hecho prodigando los comentarios, á gusto del consumidor, sobre el desequilibrio social y el contraste que ofrecían la desastrosa muerte de aquella víctima de la injusticia de los hombres, y el alegre espectáculo que la misma noche dió la señorial morada de los duques de...

¡Nadie sospechó que aquel mendigo muriera ahito de felicidad!

En aquel último sueño había realizado el ideal de su miserable existencia...

EL BACHILLER VENTOLERA



La Tierra

Terrenos que se ganan y se pierden

por la acción de los mares y los ríos

QUÉ es *delta*?—preguntó Carlos á su papá.
—Pues una letra del alfabeto griego que tiene la forma triangular cuando es mayúscula, y que...

—¡No! ¡Si me refiero á los deltas del Nilo!

—¡Ah, ya!... Pues ese delta es una especie

en tan grandes cantidades se desaloja de la tierra?

—¡No creas que deja de buscar sitio donde meterse, no! Diganlo, entre otras muchas, las costas de Alicante, en las cuales el mar va carcomiendo las rocas y formando cuencas en que se deposita en cantidades caormes.

Porque la fuerza del agua es potentísima, tanto por su empuje como por la continua labor que ejerce, que es de cada hora, de cada minuto, de cada instante. Las olas, á fuerza de arrastrar por la arena los guijarros, los redondea, los pulimenta, porque la fuerza de impulsión de las olas y la aspereza de la arena, ejerce en ellos la acción de la lima sobre el metal.

En las grandes mareas, las mismas piedras arrancadas á las peñas que le sirven de dique, son el ariete con que continuamente las bate y las va socavando; y mina su base;

y abre boquetes con ayuda de la arena de la cual se sirve como si fuera papel de lija, y poco á poco va ganando por un lado lo que la tierra le quita por otro.

Aunque no existieran las tempestades, que con su potente empuje adelantan poderosamente su obra de destrucción, bastaría el continuo ir y venir de las olas para que esa ley se cumpliera. Pero como si Dios quisiera abatir más pronto la soberbia de los grandes peñascos que se hierguen potentes á las orillas del mar, atorbellina sus aguas, y á su poderoso esfuerzo arroja contra esos titanes de granito masas de piedras y de arenas que acaban por destruirlos poco á poco para convertirse en arenas á su vez, disgregándose en diminutos fragmentos á consecuencia del continuo roce con las arc-



DELTA DEL NILO (Terrenos ganados)

de isla que se forma en la desembocadura de algunos ríos, y en la del Nilo sobre todo.

—Pero, ¿cómo se forma?

—Por las arenas y sedimentos que arrastran las aguas, y que van depositándose en las orillas en su desembocadura, hasta que convierten en terreno firme gran parte de lo que antes bañaban las aguas del mar.

El más célebre de los deltas, ha sido sin duda el del Nilo, por más que ha disminuido mucho y puede considerarse como terminado, pues en fuerza de adelantar, ha llegado casi al punto de equilibrarse con la fuerza de las aguas del mar en que desemboca. Con todo, aun crece unos cuatro metros cada año. Hay, además, otra razón para esto, y es: que como el Nilo no tiene diques naturales, en cuanto se desborda, espárce su légamo por los terrenos por donde pasa.

—¿Y se conocen otros deltas, papá?

—No sólo se conocen, sino que se forman continuamente. En Italia, el del río Adije, que baña la ciudad de Verona, crece anualmente unos ochenta metros. Así se ve que Adria, ciudad vecina á aquel punto, y que antiguamente era ribereña, está hoy á 22 kilómetros de la orilla del mar.

El Po, río también de Italia y que nace en Viso, forma un delta antes de desembocar en el Adriático, que crece en idéntica proporción.

El canal de Aigues-Mortes, en Francia, está completamente cegado, y nadie creería hoy que en él se embarcara el rey Luis IX *el Santo*, en 1248, para ir á las Cruzadas.

Finalmente: el delta del Mississipi crece cien metros durante el año, y el de Hang-Ho mide 250 kilómetros cuadrados.

—Pero, papá: ¿dónde se mete ese agua que



COSTA DE ALICANTE (Terrenos perdidos)

nillas que despreciaron durante tantos siglos.

—¡Qué bonita enseñanza, y qué hermosa lección moral, papá!

—¡Y lógica, hijo mío! Las rocas que aprisionan el mar, pueden contarse; el número de granos de arena es infinito, como la bondad del

que rige la prodigiosa máquina del Universo.

Conque, ya sabes lo que es un delta, y ya sabes también cómo se las compone el mar para buscar nueva casa cuando le quitan los ríos la que habitaba.

¿Creo que no se te ocultará que no en todas partes gana el mar terreno á la tierra con la misma facilidad?

—¡Claro! Esto dependerá de la mayor ó

menor frecuencia de las tormentas, según los países...

—Y de la distinta composición de las rocas y de las tierras, pues así como en las costas de Bretaña es apenas sensible la disminución, en las de Alicante es notable, y aún más en la isla de Heligoland, la cual, en cinco siglos, ha perdido las tres cuartas partes de su territorio.

A. D'OLLARPA

EL HOGAR

QUÉ bien se está á la lumbre, señor maestro! En una noche como ésta en que el granizo y la nieve azota los cristales y que sólo de verlo tiritita uno...

—Sí, hijos míos, sí; el termómetro está á seis grados bajo cero; pero, como acabas de decir, pueden desafiarse las injurias del temporal al amor de esta hermosa lumbre.

Y á propósito de ello, voy á explicaros los diferentes medios de que se han valido los hombres para ponerse al abrigo del frío. Porque el fuego tan esencial á la vida y sin el cual hubieran sido difíciles los adelantos de las artes, se ha conocido en todos los tiempos.

Los diversos tubos hallados en las minas de Herculano, hacen presumir que los antiguos no desconocían los medios de calefacción que hoy consideramos como modernos; con todo, las chimeneas no fueron admitidas y no se generalizó su uso hasta el siglo VII.

El brasero era conocido en la más remota antigüedad, y el emperador Juliano refiere que estuvo próximo á asfixiarse por un brasero mal encendido y olvidado en su dormitorio. Grave inconveniente de ese medio de calefacción.

Por esto, en cuanto se inventaron las amplias y cómodas chimeneas, gozaron de un inmenso favor.

En cuanto al fuego, los antiguos pueblos le rendían culto de tal manera que en los templos de Apolo y Delfos, y en el de Vesta, el fuego sagrado no se apagaba nunca.

En Méjico y el Perú también se daba culto al fuego cuando fueron descubiertos por nosotros, lo cual demuestra que en casi todas las religiones paganas se considera al Sol como la primera de las divinidades.

En la antigüedad, tenía fuego continuamente en las principales piezas de entrada de las casas romanas; fuego dedicado á Vesta y por cuya razón recibieron esas piezas el nombre de vestíbulo.

Pero volvamos á nuestras modernas chimeneas, y veréis que las familias pobres que habitan en miserables barracas y se calientan en

un miserable hogar se cuidan poco de evitar el humo, para cuya salida practican sólo un amplio agujero de salida; y no en las miserables cabañas, sino en las casas de labor de nuestras provincias manchegas se construyen así las chimeneas.

Esto no sucede con ésta, porque es de las que ha perfeccionado el arte, basado en el principio de la circulación del aire, porque sin aire, que es un compuesto de dos gases ázoe y

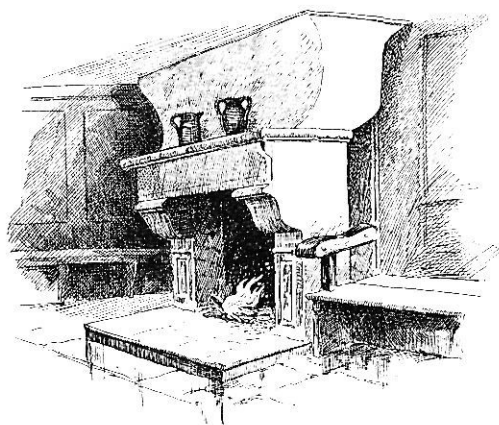
oxígeno, el fuego es imposible, pues la combustión se verifica á consecuencia de la combinación del oxígeno y un cuerpo combustible; por esta razón para el fuego es circunstancia precisa la renovación del aire que lleva en sí el oxígeno necesario.

La chimenea hace succión, atrae el aire exterior que entra en la habitación por las puertas y ventanas; el tubo, embutido en la pared, sube por ella y sale un metro ó más del plano del tejado,

pero no creáis que es tan fácil como parece dar al tubo las proporciones debidas para que la extracción del humo sea perfecta, pues si se establece una corriente muy fuerte, se gasta mucho combustible y da éste poco calor; si por el contrario es muy débil, la combustión se hace difícil y origina el humo; por eso vemos infinitas de esas chimeneas de campana, en que rara vez aciertan los albañiles con la construcción. En la estufa no se pierde tanto calórico, pero para los que vivimos la vida del hogar, para los que gozamos estando en familia, no hay nada tan alegre, tan casero, tan agradable como la chimenea.

En las grandes casas, donde pueden establecerse tubos que recorriendo las habitaciones llevan en su interior aire caliente, producto de la ebullición de una gran cantidad de agua, el calor se reparte suavemente y por igual. Pero como esto es patrimonio de los poderosos, contentémonos con el calorillo que despiden los ceporros de nuestra chimenea, y demos gracias á Dios por tener donde cobijarnos y estar al abrigo de la ventisca y de la nieve, que arrancará lágrimas de dolor á los que no tengan donde cobijarse en una noche tan cruda.

A. D'OLLARPA



brá ido á escuchar los suspiros de Magdalena.—Nuestra risa le habrá incomodado.

Todo esto lo dijeron en un momento: y el jefe concluyó por imponer silencio á los demás que aun cuchicheaban de mí.

—Vamos callando, grandísimos bestias, no sabéis lo que decís. No es el vecino sobre ese punto tan borrico como pensáis. Sois incapaces de reflexionar en nada. Yo, es verdad, me echo á reir el primero, pero después reflexiono. Los más incorregibles bandidos suelen desesperarse como nosotros, pero el tener más alegría, más caridad y más confianza en los beneficios del cielo, ¿qué se os figura á vosotros que quiere decir? ¡Vamos á ver!

—Hombre, ahora que yo también reflexiono, me parece quiere decir que es ser menos tunante que nosotros.

—¡Muy bien!—gritó el principal con estentórea voz;—desde este momento conozco que promete algo bueno tu mollera.

No me lisonjeaba á la verdad mucho el pasar solamente por un poco menos tunante que ellos, y no obstante, experimentaba cierto gozo al ver reflexionar á aquellos miserables sobre la importancia de cultivar los buenos sentimientos.

Moví las vidrieras de mi balcón como si me fuese á asomar: el jefe me llamó, y le contesté, creyendo que tuviese algún deseo de moralizar á mi modo, pero me engañé; los entendimientos vulgares huyen de los raciocinios serios: si alguna noble verdad penetra su inteligencia, son capaces de aplaudirla por un momento, mas bien pronto, apartando de ella su imaginación, no pueden resistir al deseo de ostentar su parecer, mofándose de esta misma verdad, ó bien poniéndola en duda.

Preguntóme después si estaba preso por deudas.

—No.

—¿Quizás acusado falsamente de robo?

—Nada de eso.

—¿Algo de amor?

—Tampoco.

—¿Homicidio?

—Menos.

—¿Carbonarismo?

—Precisamente.

—Y decid, ¿qué es eso de carbonarios?

—Los conozco tan poco, que no puedo contestaros.

A esto nos interrumpió bruscamente un *secondino*, y después de haber llenado de injurias á mis vecinos, volvióse hacia mí y me dijo, más bien con la gravedad de un maestro que con la familiaridad de un esbirro:

—Es una vergüenza, caballero, que os dignéis hablar con esta clase de gentes. ¿No sabéis que todos esos son ladrones?

Sonrojéme; y después aun me avergoncé más de haberme sonrojado: parecíame que el bajarme yo á hablar con toda especie de gentes fuese menos crimen que bondad.

A la mañana siguiente me asomé á la ventana con el objeto de ver á Melchior Gioja, pero no volví á hablar con los ladrones; contesté sí á sus saludos, y les dije me había sido prohibido el uso de la palabra.

Vi llegar al escribano que me había tomado declaración, el cual me anunció misteriosamente una visita que debía serme grata, y luego que creyó haberme preparado lo suficiente, me dijo: «—Es vuestro padre, tened la bondad de seguirme.»

Seguíle en efecto por las oficinas, palpitando de gozo y de ternura, y esforzándome en afectar un aspecto sereno capaz de tranquilizar á mi pobre padre. Cuando supo mi arresto figuróse que había sido motivado por sospechas de poca importancia, y que sería puesto pronto en libertad. Mas viendo que mi detención se prolongaba, vino á solicitar del Gobierno austriaco mi soltura. ¡Deplorables ilusiones del amor paterno! Mi padre no podía creerme tan temerario para exponerme al rigor de las leyes, y la jovialidad con que yo le hablaba acabó de persuadirle que nada tenía que temer por mí.

La corta conferencia que me fué concedida me agitó de un

modo inexplicable, tanto más cuanto que yo me esforzaba en reprimir toda apariencia de agitación. Lo más difícil para mí fué no manifestársela á mi padre cuando fué preciso separarnos.

En las circunstancias que se encontraba entonces la Italia, estaba yo convencido de que el Austria haría ejemplares con un rigor extraordinario, y que yo sería condenado, si no á muerte, por lo menos á un largo cautiverio. ¡Disimular esta convicción á un padre, lisonjearle con la esperanza de mi próxima libertad, no deshacerme en lágrimas al abrazarle, al hablarle de mi madre, de mis hermanos á quienes jamás, según creía, volvería á ver sobre la tierra, y, finalmente, suplicarle sin alterarse mi voz por los sollozos, que me viniese á ver cuando pudiera! Eso hice, fingiendo una calma que estaba muy lejos de sentir.

Marchóse por fin consolado, y yo me volví al encierro con el corazón deshecho. Luego que me hallé solo creí poder encontrar algún alivio abandonándome á las lágrimas, pero este alivio me faltó. Ahogábanme los sollozos sin poder verter una sola lágrima. La desgracia de no poder llorar es, en las grandes aflicciones, uno de los mayores infortunios; y esa desgracia ¡cuántas veces la experimenté!

Asaltóme una fiebre ardiente con horrible dolor de cabeza, y en todo el día pude tomar una gota de caldo. ¡Ah,—exclamaba yo,—si será esta una enfermedad mortal que venga á abreviar mis tormentos! ¡Deseo bajo y fatuo! Dios no lo escuchó, de lo que ahora le doy gracias y se las daré siempre, no sólo porque después de diez años de cárcel he vuelto á ver á mi cara familia,



y puedo conceptuarme feliz, sino también porque los sufrimientos dan valor al hombre, y los míos espero que no me serán inútiles.

Dos días después volvió mi padre: había yo dormido muy bien por la noche, y estaba ya libre de calentura. Recibíle con desenvoltura y cara risueña, sin que nadie pudiese sospechar lo que había sufrido y sufría aún.

—Espero,—me dijo mi padre,—que dentro de pocos días te mandarán á Turín. Ya te hemos dispuesto el cuarto y te aguardamos con impaciencia. Los deberes de mi empleo me obligan á regresar. Procura, por Dios, hijo mío, procura volver pronto á mis brazos.

Su dulce y melancólica ternura rasgaba mi alma: la piedad filial me parecía prescribirme el disimulo, y por otro lado esta simulación me ocasionaba algunos remordimientos. ¿No hubiera sido más digno de mi padre y de mí mismo el que yo le hubiese hablado en estos términos: Padre mío, es muy probable que no nos volvamos á ver en este mundo; separémonos sin irritación y sin injustas quejas, separémonos como hombres, y que al menos reciba yo sobre mi cabeza la bendición paternal?

Semejante lenguaje me hubiera satisfecho mil veces más, pero al fijar mi vista sobre aquel anciano venerable, sobre sus arrugadas facciones y sus encanecidos cabellos, no encontraba en aquel desventurado la fuerza suficiente para escucharlo.

¡Y si por evitar su engaño le hubiese yo visto abandonado á la desesperación, desmayado, y acaso ¡oh terrible idea! muerto del golpe en mis brazos! No: ni pude decirle la verdad, ni aun dejársela traslucir; mi serenidad ficticia le tranquilizó completamente, y nos separamos sin verter lágrimas. Luego que hube vuelto á mi encierro fuí presa como la primera vez de crueles angustias, para cuyo alivio en vano invoqué también el lenitivo del llanto.

Conformarme yo á todo el rigor de un calabozo, resignarme al mismo patíbulo, entraba todo en la medida de mis fuerzas;

Aventuras de Allan Quatermain

Traducción de Andrés Rivera

(Continuación)

Los indígenas de Mr. Mackenzie llaman á la montaña «El dedo de Dios», y lo comprendo perfectamente, porque despreciable será el hombre que mire aquella poderosa mole cubierta de nieve, aquella antigua lápida de los años, y no sienta su propia insignificancia y no adore á Dios en su corazón.

Semejantes espectáculos son como visiones del espíritu que se precipitan al rededor de la rodante esfera, y por un momento iluminan las tinieblas de nuestra razón con un rayo de blanca luz que sale de su Trono.

Sí, semejantes bellezas inspiran plácida alegría, y bien comprendo lo que la pequeña Flosie quería decir cuando hablaba del Kenia como de un compañero.

Hasta el salvaje y viejo zulú dijo al enseñarle el pico que colgaba en el aire:

—Un hombre fuerte podría estarse mirando esto miles de años sin quedar satisfecho de verlo.

Pero dió otro giro á su poética idea, y añadió en un arranque de aquella fatal imaginación que le hacía notable, que, cuando muriese, le gustaría ir á sentarse en aquel pico oculto para siempre por la nieve y precipitarse desde arriba entre el aliento del huracán ó con la luz del relámpago y «matar, matar, matar!»

—¿Matar qué, viejo podenco?—preguntéle.

Esto pareció embarazarle de pronto, pero luego, respondió:

—Las otras sombras.

—¿Así es que tú querías seguir asesinando después de tu muerte?—le dije.

—Yo no asesino,—me respondió con vehemencia:—yo mato en leal combate. El hombre nació para matar. El que no mata cuando su sangre hierve, es una mujer, no es hombre. Las gentes que matan no son esclavas. Digo que mato en leal combate; y cuando esté entre las sombras, como dicen los blancos, espero seguir matando de la misma manera. Sea maldita mi sombra y hiélenseme hasta los huesos si llego á asesinar como un bushman con sus envenenadas flechas.

Se retiró majestuosamente con una gravedad que tenía mucho de cómica, y yo me quedé riendo al ver la extrañeza que sus palabras habían producido en Flosie.

Entonces precisamente volvieron los espías que había mandado nuestro huésped para buscar las huellas de nuestros enemigos los masai, y dijeron que habían recorrido el país en una extensión de quince millas en contorno sin haber visto un solo Elmorán, y creían que habían desistido ya de su propósito y vuelto al punto de donde venían.

Mister Mackenzie dió un suspiro de satisfacción al oír esto y lo mismo hicimos nosotros, porque, á la verdad, de poco tiempo á esta parte los masai se nos hacían molestos.

La opinión general era que, viendo que habíamos llegado con seguridad á la misión, que era una verdadera fortaleza, habían desistido

de perseguirnos considerándolo como un mal negocio.

Después se verá cuán mal los juzgamos.

Luego que salieron los espías y Mr. Mackenzie y Flosie se retiraron á sus respectivos aposentos, entró Alfonso, el pequeño francés, y sir Enrique, que habla regularmente ese idioma, le instó á que nos refiriese cómo había venido á visitar el Africa Central, lo que él hizo en el lenguaje más extraordinariamente cómico, que en su mayor parte no intento reproducir.

—Mi abuelo,—comenzó,—fué soldado de la Guardia y sirvió á las órdenes de Napoleón. Estuvo en la retirada de Moscov y vivió diez días alimentándose con sus polainas y otro par que robó á un camarada. Acostumbraba á embriagarse y murió de ese mal, y recuerdo que yo tocaba el tambor sobre su ataúd. Mi padre...

Aquí le suplicamos que omitiera la historia de sus antecesores y llegara á la suya.

—Bien, messieurs,—replicó el gracioso francés haciendo una profunda reverencia.—Deseaba demostraros que la vocación por la carrera militar no es hereditaria. Mi abuelo era un hombre hercúleo, de seis pies y dos pulgadas de estatura, ancho en proporción y que se comía el fuego y hasta las polainas. También era notable por su bigote, que es lo único que de él heredé.

Yo hacía violentos esfuerzos para no soltar la risa, viendo las contorsiones y ademanes con que el pequeño francés adornaba su relato.

—Yo soy cocinero, messieurs, y nací en Marsella. En aquella querida tierra pasé mi feliz juventud. Durante años y años lavé los platos en el Hotel Continental. ¡Ah! aquella fué mi edad de oro,—y suspiró.—Soy francés. ¿Necesitaré, messieurs, decirlos que admiro la belleza? ¡No! Adoro lo hermoso, admiro todas las rosas de un jardín, pero sólo escojo una. Yo elegí una, y ¡oh! messieurs, aquella rosa tenía espinas. Era una camarista llamada Anita, su figura era arrebatadora, su rostro el de un ángel y su corazón, ¡oh! debo confesarlo, inconstante y negro como una bota de cuero. La amaba con desesperación, la adoraba con desesperación y con desesperación me casé con ella. Me arrebataba en todos sentidos: me inspiraba. Jamás cociné tan bien como cuando Anita, mi adorada Anita, me sonreía. Jamás,—aquí su voz varonil se tornó en sollozos,—jamás cocinaré otra vez así!

En esto, comenzó á llorar.

—Vamos, valor,—dijo sir Enrique en francés, golpeándole la espalda dulcemente. ¿Quién sabe lo que os pueda suceder? A juzgar por la comida de hoy, creo que estáis en camino de recobrar la antigua fama.

Alfonso cesó de llorar y comenzó á frotarse la espalda.

—Monsieur,—dijo,—intenta sin duda consolarme; pero tiene muy pesada la mano. Continúa: nos amábamos y éramos dichosos con nuestro recíproco amor. Los pájaros en su nido no podían ser más felices que Alfonso y su Ani-

ta. Entonces vino el sorteo, ¡saprísti! ¡cuando me acuerdo de ello! Messieurs, perdonadme que enjuge una lágrima. Me tocó un mal número y caí soldado. La fortuna quiso vengarse de mí por haber conquistado el corazón de Anita.

Llegó el momento fatal: tuve que marchar. Procuré escapar, pero fui cogido por brutales soldados y me pegaron con las culatas de los mosquetes hasta que mis bigotes se erizaron de dolor. Tenía un primo, lencero, trabajador, pero muy feo. Había sacado un buen número y se compadeció de mí cuando me golpeaban. A ti, primo mío,—le dije,—a ti por cuyas venas corre la sangre de nuestro heroico abuelo, a ti te encargo á Anita. Cuidala, mientras yo voy á buscar la gloria en los sangrientos campos de batalla.

—Ve tranquilo,—me dijo,—yo la cuidaré.

Después sabréis cómo lo cumplió.

Partí: en el cuartel me alimentaba con sopa negra. Soy un hombre de gusto refinado, poeta por naturaleza, y sufría grandes tormentos por la grosería de todo lo que me rodeaba.

Había un sargento que instruía á los reclutas y tenía un vergajo enorme. ¡Ah, cómo se enroscaba! ¡jamás podrán olvidarlo mis costillas!

Una mañana recibimos noticias: mi batallón debía ser enviado á Tonkin. El sargento instructor y los otros monstruos se regocijaron. Yo hice mis indagaciones. El resultado no fué satisfactorio. En Tonkin hay chinos salvajes que os abren la barriga. Mis gustos artísticos, porque también soy artista, sintieron repugnancia á la idea de ser destripado. El grande hombre toma pronto su resolución, y yo tomé la mía. Determiné no ser destripado. Deserté.

Llegué á Marsella disfrazado de anciano. Fui á la casa del lencero, por cuyas venas corre la sangre de mi heroico abuelo y pregunté por mi Anita.

¡No estaba allí! ¡Había huido de los malos tratos que le daba mi primo, el cual la mataba de hambre! La sangre de mi heroico abuelo hirvió en mis venas. Me precipité en la cocina y herí á mi primo con el garrote en que fingía apoyarme. Cayó; le había matado. ¡Sí, creo que le maté! Vinieron guardias. Huí. Llegué al puerto. Me oculté á bordo de un bajel. El bajel partió. El capitán me encontró y me golpeó brutalmente. No me dejó en tierra, porque guisaba muy bien y le serví de cocinero hasta Zanzibar. Cuando le pedí la paga me pateó. La sangre de mi heroico abuelo hirvió dentro de mí, alcé el puño hasta su cara y juré vengarme. El me pateó otra vez. En Zanzibar había un telegrama y me prendieron. Maldije al hombre que inventó los telégrafos. Fui arrestado por desertión, por

asesinato y... *¡que sais je!*... Escapé de la prisión. Huí; me moría de hambre. Encontré la caravana de monsieur el cura. Me trajeron aquí, y aquí estoy lleno de dolor. Pero no volveré á Francia. Mejor arriesgaré mi vida en estos horribles y desiertos lugares que conocer el presidio ó la guillotina. Ya lo sabéis todo. Sólo os pido que compadezcáis mi dolor.

Concluyó, y á nosotros casi nos ahogaba la risa que á duras penas podíamos contener.

—¡Ah, lloráis, messieurs!—dijo.—No es extraño, es una historia muy triste.

—Tal vez la sangre de vuestro heroico abuelo triunfará al fin,—dijo sir Enrique,—y llegaréis á ser grande. Como quiera que sea, lo veremos. Ahora opto por que vayamos á dormir. Estoy muy cansado y no dormí bien anoche sobre aquella maldecida roca.

Así lo hicimos, y ¡cuán agradablemente extraños nos parecieron los aseados cuartos y las blancas sábanas después de nuestros recientes trabajos y penalidades!

CAPÍTULO V

TERRIBLE PROMESA DE PICO DURO

AL día siguiente me extraño no ver á Flosie á la hora del almuerzo y pregunté por ella.

—Cuando me levanté esta mañana,—me dijo su madre,—encontré una carta junto á la puerta de mi cuarto en la que... Pero aquí está, podéis leerla.

Y me dió un pedazo de papel en el que estaba escrito lo siguiente:

«Querida madre: Es el amanecer y me voy á las colinas para dar un largo paseo y traerle á Mr. Quatermain la flor de lirio que desea; no estéis inquietos por mí ni me esperéis. Llevo el asno blanco; van conmigo el aya y dos muchachos y llevamos algo que comer por si nuestra excursión dura todo el día, pues estoy decidida á traer el lirio, aunque tenga que recorrer veinte millas.—Flosie.»

—Espero que no le pase nada malo,—dije con ansiedad,—y siento que se haya molestado por esa flor.

—¡Oh, no tengáis cuidado! Flosie está acostumbrada á eso,—replicó su madre,—con frecuencia sale así, sola, como verdadera hija del desierto.

Pero Mr. Mackenzie, que llegó en aquel momento y no había visto la carta, frunció las cejas y quedó pensativo y silencioso.

Cuando concluimos de almorzar le pregunté si no sería conveniente enviar alguno de nuestros hombres que alcanzase á la joven y la hiciese volver, pues temía que cayese en poder de los masai que probablemente rondaban por los alrededores de la casa-misión.

(Continuará)



Comenzó á blandir su hacha al rededor de la cabeza del francés.

Proverbios, locuciones y frases. - Las horcas caudinas

VALLE Caudino ó estrecho de Arpaia: Desfiladero de la cadena del Apenino en el reino de Nápoles, á cinco leguas NE. de esta ciudad, y al lado del camino de Benevento».

Así leía el mayorcito de los contertulios de don Buenaventura en un grueso volumen titulado *Geografía Histórica*, cuando entró en la amplia cocina el maestro, y exclamó:

—Mira por dónde has venido á dar en un punto que dió origen á una locución muy usada entre nosotros.

—¿Cómo es eso, señor maestro? ¿Qué locución es ésa?

—Locución, ó proverbio, que más tiene de lo segundo que de lo primero, y que es la siguiente: *Hacer pasar á uno por las horcas caudinas*. ¿No lo habéis oído nunca?

—Sí, señor; pero no sabemos qué significa, —dijeron algunos de los chicos.

—Pues es tanto como hacer sufrir una gran humillación; una gran vergüenza, abusando de la situación azarosa en que uno se encuentra.

—¿Y decía usted que el origen...?

—El origen fué el siguiente, —dijo, aproximando su cómodo sillón de vaqueta al hogar, que uno de los muchachos avivó con varias matas de secas ailagas.

Los chiquitos apretaron el círculo y se apresuraron á oír con la mayor atención.

—Allá por los años 322 antes de Jesucristo, en el consulado de Septimio Postumio, guerreaba Roma con los samnitas, pueblo del Levante de aquella Península, cuyo general se distinguía por la más refinada astucia para preparar ardidres de guerra.

Con todo, de poco le había servido hasta entonces, y Roma seguía la conquista del mundo, á pesar del terror que le inspiraron los galos.

Pactadas treguas entre los romanos y Poncio Herancio, general de los samnitas, supo éste durante ellas preparar á los romanos la celada más ingeniosa de que tienen memoria los historiadores de aquellos tiempos.

Rotas de nuevo las hostilidades, los samnitas fueron á acampar con sus tropas lo más secretamente posible cerca de Candio, hoy aldea de Arpaia.

Desde este lugar mandó á Calacia, donde sabía que estaban ya los cónsules romanos, diez soldados disfrazados de pastores, ordenándoles

que se pusieran á apacentar sus ganados, cada uno de ellos en un sitio diferente, pero á corta distancia de los puestos romanos, y que si eran preguntados dijieran todos contestes: «Que las legiones samnitas estaban en Apulia, que sitiaban á Luceria con todas sus tropas y que no tardarían en apoderarse de dicho punto á viva fuerza».

Los supuestos pastores

cumplieron exactamente con su misión, y los romanos decidieron marchar en socorro de Luceria, pero estuvieron dudando algún tiempo: dos caminos conducen á esta población, el uno es fácil y practicable y se extiende por las costas del mar Superior Adriático, que aunque más largo es también el más seguro: el otro es más corto y atraviesa las Horcas Caudinas; pero tiene dos profundos desfiladeros, estrechos y cubiertos de bosques, los cuales se juntan por una cadena de montañas que rodean este sitio. Entre estos dos desfiladeros existe una llanura cubierta de hierbas y algo pantanosa, á través de la cual se pasa.

Los romanos, después de bajar á esta llanura por otros caminos practicables, quieren penetrar en el segundo desfiladero, pero instantáneamente se ven detenidos en su marcha por árboles derribados y por enormes masas de grandes peñascos.

Reconocen entonces el artificio de sus adversarios, y seguidamente ven aparecer un cuerpo de ejército en la altura que domina el desfiladero, al propio tiempo que reciben un verdadero diluvio de piedras que los diestros honderos disparaban con extraordinario acierto.

Se precipitan, quieren retroceder, pero se hallan contenidos por la dificultad del terreno y por las armas que briosamente se oponen á su retirada; intentan fortificarse, pero bien pronto abandonan su proyecto.

Entonces los romanos pidieron un armisticio y se celebró un tratado por medio del cual Poncio hizo pasar al vencido por debajo de un yugo ú horca formada por medio de tres picas, dos hincadas en el suelo y otra atravesada en lo alto.

He aquí el origen de este modismo histórico, cuando se dice de cualquiera que se le hizo pasar por las horcas caudinas.

A. P. G.



EN la segunda mitad del siglo XVI, reinados de Carlos V y Felipe II, nuestro gobierno abarcaba tantos países y regiones, que apenas se concibe cómo podían manejarse, cuando tanta dificultad cuesta sólo el enumerarlos. En Europa era nuestra toda la península Ibérica con Portugal y las posesiones de ambos reinos. Nápoles y Sicilia, Cerdeña, Malta, el Rosellón y el Bearnés con la Baja Navarra, Parma, Plasencia y Milanesado y todos los Países Bajos. En África, además de las Canarias, Azores, Cabo-Verde y Madera, presidios actuales, y todas las pertenencias portuguesas de Angola, Congo y Mozambique, poseíamos á Orán, Mozalquivir, Mostagán, Tánger, Túnez y la Goleta. En Asia eran nuestras las costas y factorías de Malabar, Coromandel, y de la China con Goa y Macao, y los santos lugares de Palestina y sus accesorios. En la Oceanía, además de las Filipinas, Bisayas, Carolinas, Marianas y de Palaos, teníamos gran parte de las de la Sonda, Timor, las Molucas y multitud de archipiélagos, grupos é islas sueltas del mar Pacífico, por nosotros antes que por nadie reconocidos. Y en América gozábamos aquel inmenso continente casi entero, pues era nuestra toda la meridional con el Brasil, y toda la parte septentrional de Méjico, California, las Floridas, Nuevo Méjico, etc., sin más excepción que el Canadá y demás posesiones inglesas, á lo que añadíamos casi todas las grandes y pequeñas Antillas, que después han provisto de colonias á toda la Europa marítima. Señorío tan colosal excedía de 60 millones de habitantes y ocupaba una superficie de unas 800.000 leguas cuaçradas, que es cerca de la octava parte del mundo que conocemos. Pero si en adquirir, por descubrimientos y conquistas, fuimos singulares, en perder no lo hemos sido menos. En el transcurso de poco más de dos siglos, véase lo que ha dejado de ser español: en 1565 se cedió Malta á la orden de San Juan, y esto sirvió de pretexto para que después la ocupara la Francia, y últimamente los ingleses; Luis XIII incorporó á Francia la Baja Navarra y el Bearnés en 1620, y conquistó el Rosellón, que le reconocimos, en 1649; Portugal se emancipó en 1640, llevándose tras sí todas sus pertenencias extraeuropeas; los Países Bajos, empezados á perder en 1581, acabaron de hacerse libres en 1648; los ingleses nos usurparon la isla Barbada, en 1626; la Jamaica, en 1655; Gibraltar, en 1704; las islas Lucayas, en 1718; la Dominica, en 1759, y la Trinidad, en 1797, que les reconocimos en 1802; los franceses se apoderaron de la isla Martinica, en 1635; de la Granada, en 1650, y de la Guadalupe, en 1685; partimos con éstos la de Santo Domingo, en 1697, y reconocida por ellos la independencia de su mitad, siguió el ejemplo la nuestra, que acabamos de perder en 1821; abandonado Orán por el terramoto de 1790, cedimos sus derechos y los de Mozalquivir á los marroquíes en 1791; la Cerdeña fué cedida al duque de Saboya en 1743; Parma, Plasencia, Luca y demás países del Norte de Italia, á príncipes de la familia reinante, y Nápoles y Sicilia, dados al infante don Carlos, quedaron emancipados por venir aquél á ocupar el trono de Castilla en 1759; por último, en 1800, cedimos la Luisiana á la Francia; en 1819, las Floridas á los anglo-americanos, y el continente de Colón se fué emancipando sucesivamente desde 1816 á 1824, convirtiéndose en repúblicas independientes, siendo los últimos retazos de nuestro poderío colonial Filipinas y la isla de Cuba, que se han emancipado recientemente de nuestra tutela. He aquí la sombra magnífica de nuestra grandeza.

A. P. G.

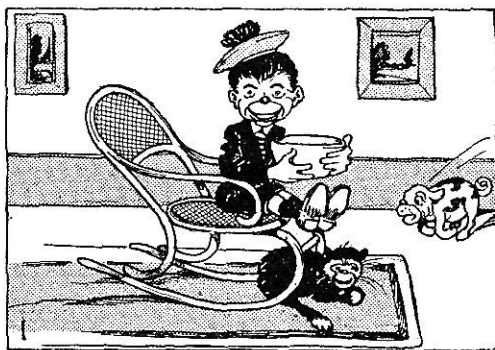
Filosofía

*Filosófico asunto discutien
en una reunión varios pedantes,
y sus absurdas tesis discrepantes
todos á todos imponer querian.*

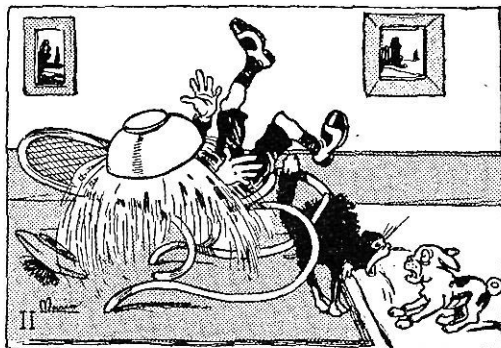
- ¡Yo soy tomista puro!—uno gritaba.
- ¡Yo realista soy!—otro decía.
- ¡Yo panteísta!—el otro repetía.
- ¡Yo idealísta!—aquel vociferaba.
- ¡Yo soy, señores, tradicionalísta!
- ¡Monoteísta yo! De ello me atabo.
- ¿Y usted?—le preguntaron á Decabo.
- ¿Yo?—dijo avergonzado:—¡Marmolísta!

A. PEGÜ

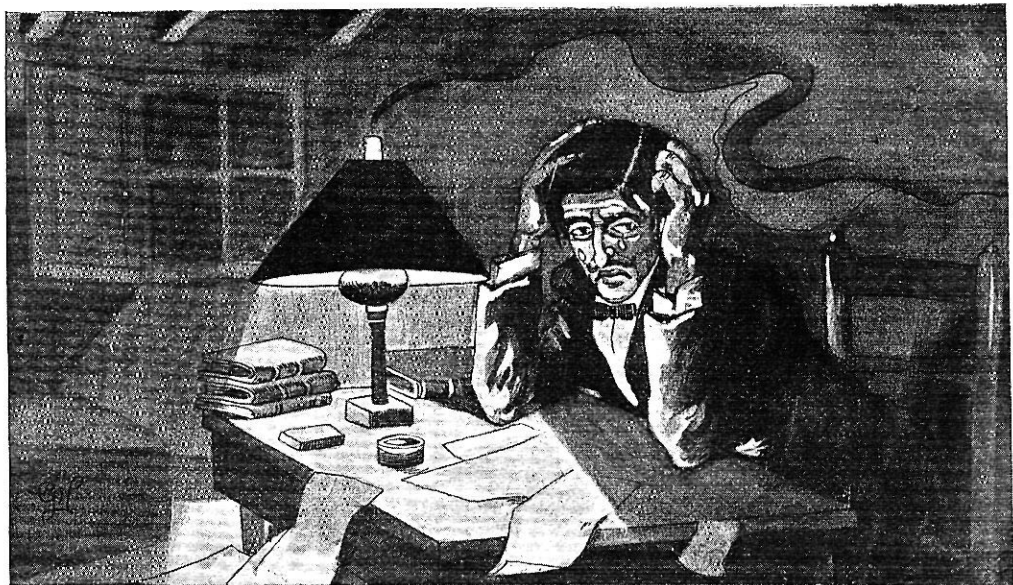
Glotonería por Mario



—¡Vaya un atracón de leche que me voy á dar!



—¡Y que ha sido un verdadero atracón!



Los extremos

Don Zenón ha entrado con sus manías en una nueva fase de su carácter extremoso.

Alguien le ha dicho que a los chicos se los educa perfectamente por el terror; que la confianza es causa de menosprecio, que las sonrisas y los cariños de los padres malean a los muchachos, y, desde entonces, hace que su hijo le trate de usted y no le deja ni resollar siquiera.

—¡Manolito! ¡No te hurgues las narices!

—¡Manolito! ¡Esos pies!...

—¡Ponte derecho, Manolito! ¡Cualquiera diría que vas á caza de alfileres!

—¡Despacio, Manolito!

—¡Manolito, más de prisa! ¡Parece que vas pisando huevos!

Y siempre así, sin parar; y el chico está cohibido hasta tal punto, que no pone mano en algo que no lo eche á perder.

Y no es porque don Zenón no quiera á su hijo.

Por el contrario, le idolatra; pero tiene la fatalidad de creer exacto aquello de «la letra con sangre entra», y lo aplica con todo rigor.

Víctima de la indecisión, pues no sabe la manera de dar gusto á su papá, que se olvida muy á menudo de que también ha tenido diez años, se le ocurren las cosas más disparatadas como si fueran lógicas.

—Es natural, —dice doña Reparada que es algo música.—El chico se atorola porque no sabe cómo encontrarle á su padre la embocadura para estar á su tono. Le pasa como á mí con los cangrejos, que no sé por dónde cogerlos para que no me piquen. Cuando nos casamos, Zenón iba siempre tan tieso, tan estirado, tan vertical, que solía decir mi hermana Clotilde dándome broma:

—¡Hija! ¡No parece sino que tu marido se ha tragado el molinillo! ¡Por nada se dobla!

Manolito vive en zozobra continua.

¿Le acicala su madre más de lo regular?

—¡Eso no me gusta! ¡Los niños deben ser sencillos; no tan atildados en el vestir!

¿Se descuida un día y asoma por la puerta del comedor con el blusón desabrochado?

—¡Adán, más que Adán! ¡Eso es de chicos desidiosos! ¡Que no te vea otra vez así!

Y gracias si al teorema no acompaña la demostración con la punta de la bota.

Y así se cria el chico, tan timorato y con tal desconfianza en sí mismo que, teniendo un claro talento, no hay vez que salga á la pizarra en el colegio, que no diga todo lo contrario de lo que piensa y debe decir.

Y llegan los exámenes, y allá le acompaña su padre «para ver cómo se porta», y sólo de pensar en el autor de sus días, se gana los suspensos que es una bendición.

Y nuevos regaños y nuevos disgustos, y el pobre niño sin



protestar y viviendo en continuo sobresalto.

Y se mata estudiando, y á solas en su cuarto de estudio cuando nadie le ve, resuelve los más arduos problemas algebraicos y aprende con perfección las lecciones del día siguiente; pero en cuanto le pregunta el profesor, se arrojan sus mejillas y, si dice algo, es para echarlo á perder.

Y así fué creciendo el pobre chico, sin amigos con quienes diablear, sin resolución para nada y aprobando algunos cursos por pura misericordia de Dios.

Don Zenón, en su obtusidad, no veía el crimen que estaba cometiendo, y aquel exagerado rigorismo fué la perdición de su hijo.

Tan pacato y tímido crecía el muchacho, que infinitas veces cargó con la culpa de otros por no atreverse á protestar.

Creía que el carácter de su padre era el carácter de toda la humanidad.

Y lloraba y maldecía de su indecisión; pero

no podía corregirse. Muertos sus padres, se halló más solo que otros muchos, porque no tenía carácter ni alientos para emprender nada de provecho.

Manuel, pues era ya un hombre, escribió un drama para maldecir de su suerte y de su idiosincrasia, pero no se atrevió á presentarlo.

Cogía el manuscrito, y asomaba á las puertas del teatro, pero nunca tuvo alientos para llegar hasta el despacho del director ó del empresario.

Y eso que al salir de su casa se hacía el firme propósito de atreverse.

Pero en el propósito quedaba su decisión.

Tal vez haya quien crea esto pura invención mía, y no es así.

Manolo ha existido y murió de hambre en un sotabanco de la calle de Andrés Borego.

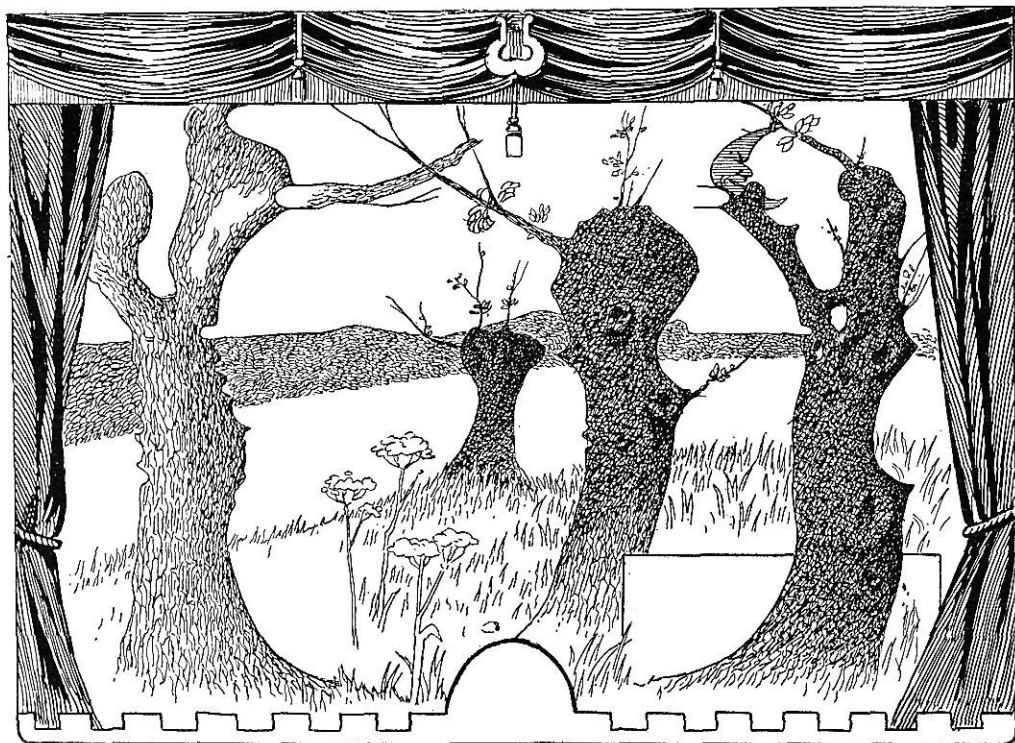
¿Cuántos Manolitos y cuántos Zenones habrá todavía por esos mundos de Dios?

BESTARD DE LA TORRE

CONCURSO CON PREMIOS — TEATRO FANTÁSTICO

Para la siguiente decoración hace falta un magnífico huevo pasado por agua; el director de escena dice que está en este dibujito con su correspondiente huevera para servirlo á la mesa: ¿no habrá quién lo encuentre?

Se adjudicarán cincuenta premios, consistentes: el 1.º, un corte de vestido para señora ó caballero (á elegir); 2.º, una docena pañuelos de seda; 24 chetelínchs, y 24 alfileres imperdibles.



Las soluciones se recibirán hasta las ocho de la noche del día 4 de marzo próximo, debiendo venir bajo sobre, especificando con toda claridad el nombre y domicilio del interesado, advirtiéndole que terminado el plazo de admisión, entre las más exactas, se procederá á un sorteo para los primeros y segundos premios, y para los premios restantes también se efectuará un sorteo cuando el número de soluciones exceda del de premios que se concedan, como ha ocurrido con alguno de nuestros concursos.

Los globos aerostáticos

A ver si os estáis quietecitos y no interrumpís; si no, cierro el libro y cada uno á su casita!—dijo don Buenaventura un si es no es mohino, viendo que sus pequeños contertulios se apretujaban para arrimarse á la lumbrera, con lo que metían un rebullicio inaguantable.

—Es que Marianica ha dejado abierta la puerta del porche, y se cuele un cierzo que...

—¡Vamos! ¡Callaisus! ¡Ya está cerrá!...—dijo la pizpireta moza volviendo á tomar asiento á la vera de doña Dorotea que dormitaba en un escaño.

—«El hombre, al elevar la mecánica á un punto verdaderamente prodigioso,—siguió leyendo el angelical maestro,—creyó haberlo hecho todo; creyó que podía arrojar á Dios de su pedestal para atribuirse á sí mismo un loco culto.

»Porque el telescopio le ayudaba á contar las estrellas del firmamento; porque el microscopio le permitía ver un mundo de seres en una gota de agua; porque la locomotora le transportaba de un sitio á otro con la velocidad del rayo; porque el telégrafo le facilitaba el medio de transmitir su palabra á los apartados climas, creyó que ya no necesitaba de los consuelos del cielo; creyó que podría prescindir del auxilio de sus hermanos, y rotos los vínculos sociales, se encontró solo y perdido en el mar turbulento de las pasiones humanas; solo con su egoísmo, sin guía ni brújula que le encaminasen á seguro puerto.

»En su afán por centuplicar los goces materiales, el hombre se olvida del alma y sus legítimos goces, y el alma, la hija predilecta del cielo, ha reivindicado sus derechos, porque el alma es un fluido immanente que procede de Dios y es la que inspira esas luminosas ideas que algunos hombres achacan á la casualidad.»

—Eso sí que es verdad, señor maestro,—exclama el chiquito del médico.—¿Cómo, si no, se les había de ocurrir la idea de los globos á los dos hermanos de que usted nos hablaba la otra tarde?

—¡Ah, los hermanos Montgolfier!—dijo Pepe, el hijo mayor de don Buenaventura.

—¡Nosotros no lo oímos!—dijeron unos pocos.

—¡Si fuera usted tan bueno que nos lo contara otra vez!...—añadió Mario.

—Sí, en verdad,—dijo don Buenaventura,—y como ha dicho Angelito, veréis demostrado que las cosas suceden cuándo y cómo Dios quiere que sucedan. Pues señor, una noche del

año 1782, en que el mayor de los hermanos José y Esteban Montgolfier, estaba sentado á la lumbrera como nosotros ahora, fija la vista en un cuadro que representaba la vista de Gibraltar á la que entonces sitiaban los franceses sin esperanza de poseerla, José se decía:—Si fuera posible entrar en la plaza por el aire, Gibraltar sería nuestro; pero de otro modo, ¿quién se hace dueño de ese nido de águilas erizado de cañones? ¿De qué medio valerse para volar como los pájaros?—Eso pensaba el mayor de

los Montgolfier, que era muy amante de su patria, y preocupado con esta idea fijó sus miradas en la humosa chimenea, y mirando, sin ver, fijóse en que el humo ascendía violentamente por el tubo del hogar, llevando consigo un haz de chispas.

Quedóse mirando fijamente la columna de humo y una idea acudió á su mente:—¿Por qué asciende el humo por el estrecho tubo?—se preguntó; y se contestó inmediatamente:—Es porque el aire caliente pesa menos y tiene la propiedad de elevarse en el espacio,—y esa idea fué el germen de donde salió la invención de los aerostatos, pues José comunicó la idea á su hermano Esteban y la posteridad no sabe á cuál de los dos hermanos adjudicar la primacía de este invento.

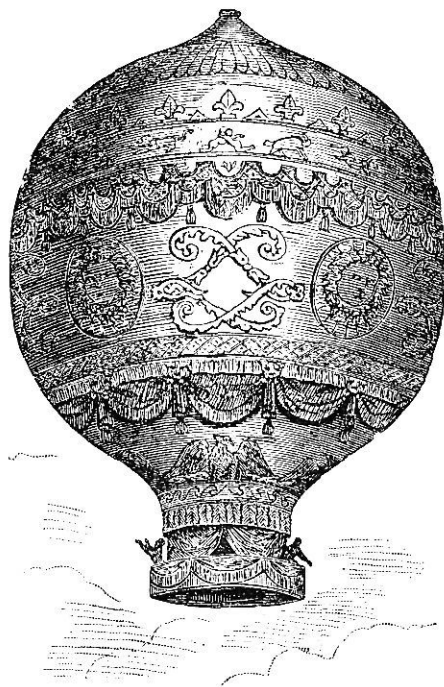
Construyeron un globo de papel fuerte, en cuya boca colocaron un

aparato de alambre conteniendo paja y estopa á las que prendieron fuego, y como éste al penetrar en el globo dilató, calentándolo, el aire que contenía, se hinchó y resultó tener un volumen que pesaba menos que un volumen igual del aire exterior. Cortaron las cuerdas que lo tenían en suspensión y el globo se levantó majestuosamente.

Como el primer ensayo hecho en Annonay había sido satisfactorio, construyeron un globo mayor con tela barnizada, y tan concluyentes fueron las pruebas verificadas ante el rey Luis XVI y su corte, que el marqués d'Arlandes y Pilatre de Rozier se elevaron á algunos cientos de metros en el globo aquél, el cual descendió á poco sin que sufrieran el menor contratiempo. Este fué el origen de este invento que está llamado á transformar la faz del mundo, y ahí tenéis en ese dibujo el modelo del globo que sirvió para el primer ensayo.

—¿Y se llenan todavía los globos con aire caliente?

—Los de juguete, sí; pero los aerostatos propiamente dichos en los que se elevan per-



sonas, se llenan hoy de un gas llamado hidrógeno, catorce y media veces más ligero que el aire, y el volumen del globo es proporcionado al peso que tiene que elevar.

—Diga usted, señor maestro: ¿y cuándo estando en el aire quieren descender, qué hacen?

—Pues abrir una válvula que cierra una ventanilla colocada en la parte superior del aerostato, la cual funciona por medio de una cuerda que el aeronauta tiene al alcance de la mano. Cuando quiere descender, deja que se escape un poco de gas, y lo logra.

—¿Y si cuando ha descendido algo el que va en él quiere volver á elevarse?

—Como hasta ahora no se ha hallado el medio de engendrar en el aire el gas que lo mantiene para reponer el que ha perdido, llevan en la barquilla unos saquitos de arena llamados *lastre*, y los van vaciando para equilibrar el peso con el nuevo volumen que tiene el globo después de haber dado salida á una porción de gas, y así se van graduando los descensos y las ascensiones.

Y como ya conocemos en principio lo que son los globos, cuyo primer ensayo serio tuvo lugar el 5 de junio de 1783, dejaremos para otro día el estudio de los trabajos que actualmente se están llevando á cabo para darles dirección, que no hay duda se logrará dentro de un tiempo relativamente corto, así como os hablaré entonces de los aeroplanos, unos aparatos para cruzar los aires como las aves, y los cuales se espera llevar á la perfección según los ensayos verificados.

MARCO TULLIO

En el artículo *Las Universidades de España*, publicado en nuestro número 8, se deslizó una errata de caja en el epígrafe del grabado, el cual es copia de la *fachada de la Universidad de Salamanca*. Nos apresuramos á rectificar ese pequeño error, que, indudablemente, habrá subsanado el buen criterio de nuestros lectores.

NO CORTAR ESTE CUPÓN

CUPÓN-PRIMA de Juventud Ilustrada

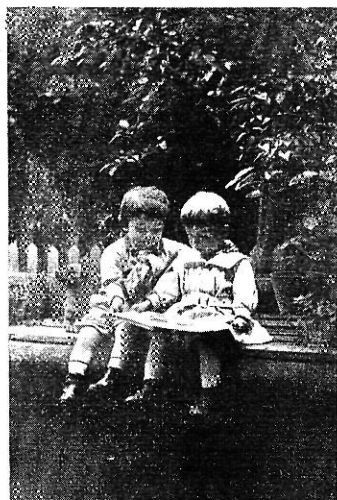
Nº 00.173

A pesar de no ser partidarios del juego nacional llamado Lotería, no hemos encontrado otro medio que el de combinar los números de estos cupones con el que logre el primer premio en el sorteo del día 28 del corriente mes, á fin de hacer regalos en metálico á nuestros lectores.

En su consecuencia, cuantos posean un ejemplar de JUVENTUD ILUSTRADA cuyo cupón tenga igual número que el del billete favorecido en dicho sorteo con el premio mayor,

recibirán 125 pesetas

á la presentación del NÚMERO COMPLETO de nuestro semanario. Caduca á los seis meses.



Antolín está viendo las estampas de un libro.

Pepito arde en deseos de verlo, pero el otro no le deja.

—Si yo tuviera un libro bonito, te dejaría mirarlo,—dice Pepito.

—¡Buena!—responde el otro:—pues cuando lo tengas ya me lo prestarás.

Advertencia importante

En los concursos que publique JUVENTUD ILUSTRADA, algunos habrá que forzosamente tendrán que cortarse; no obstante, en todos aquellos en que de ello se pueda prescindir, ya sea por su índole ó por ingenio de los lectores, relevamos de cortarlos á los **subscriptores que efectúen el pago por trimestres anticipados**, sin que sea preciso que se suscriban directamente. Pueden hacerse las suscripciones por medio de nuestros corresponsales, á quienes mandaremos los recibos con el sello de esta casa editorial; y en Madrid los firmará nuestro representante general don Eduardo F. de Rábago, advirtiendo que este es requisito indispensable para aprovechar esta ventaja.

A todos los que se suscriban desde esta fecha podremos servirles los números atrasados, y si desean solamente las páginas de nuestro folletín

Mis prisiones

Memorias de Silvio Pellico

esto último lo recibirán gratuitamente.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un año, 10 pesetas — 6 meses, 5 pesetas
3 meses, 250 pesetas — Pago anticipado.

NO SE PAGAN MÁS ORIGINALES ARTÍSTICOS Y LITERARIOS QUE LOS QUE SE ENCARGUEN, AUN CUANDO SE PUBLIQUEN

Imprenta particular de «Juventud Ilustrada» Rosellón, 208

República Dominicana

ESTA, que fué la primera colonia que los españoles establecieron en América, no ha logrado que lucieran para ella verdaderos días de prosperidad hasta su completa emancipación de lo que fué su madre patria.

Como si una maldición pesara sobre cuantos durante más de dos siglos han regido los destinos de nuestro desgraciado país, hemos visto desmembrarse el rico florón que antes era gloria de España, y gracias si aun podemos decir con orgullo que en aquellos remotos países se conserva la hermosa habla de Cervantes.

Después que los franceses ocuparon la parte occidental de la isla en 1664, la parte de aquella que ocupa Santo Domingo continuó bajo nuestro dominio hasta 1795, en que por el tratado de Bale, firmado en 22 de Julio del propio año, España hubo de cederla á Francia, lo que valió al célebre Godoy el irrisorio dictado de *Príncipe de la Paz*.

Sometida más tarde á la República de Haiti, veintidós años después sacudió el yugo haitiano y vivió otra vez independiente durante diez y siete años, al cabo de los cuales el general Santana hizo que en 1861 aquella república volviera á reconocer la soberanía de España.

Pero como aquel manejo político del general ocasionó una sangrienta guerra que duró dos años, nuestras tropas abandonaron por fin el país, y desde entonces constituye Santo Domingo una República independiente.

Este estado de la América Central en las Grandes Antillas, está situado en la parte Oriental y Mayor de la isla de Haiti.

Su superficie es de 46,170 kilómetros cuadrados, y cuenta actualmente con 300,000 habitantes.

Es su capital la hermosa ciudad de Santo Domingo, siguiéndole en importancia las de Samaná y Santiago de los Caballeros.

Cuenta con varios puertos, pero el más concurrido de todos es el Puerto Plata, por donde se verifican las más importantes transacciones comerciales.

Sus principales rícs son el Gran Yagüe, el Isma, el Soco, el Brujuelas y el Neiba.

La República Dominicana está dividida en cinco provincias: Compostela de Agua, Santo Domingo, Santa Cruz del Seibo, Concepción de la Vega y Santiago de los Caballeros.

Largas cordilleras de montañas se ven en la isla, cubiertas de magníficas selvas y bosques frondosos, donde crecen de una manera prodigiosa el nogal, el cedro, el ébano, el campeche, el pino y la caoba.

Y esta es la razón de que una de sus principales riquezas sean las maderas de ebanistería, pues favorece su exportación el gran número de ríos que bañan su fértil territorio.

La variedad de árboles frutales es extraordinaria y sus frutos sabrosísimos, y se cultiva en grande escala el café, el algodón y el tabaco.

¡Lástima grande que aquel terreno, uno de los más fértiles del mundo conocido, no se cultive con el esmero que fuera de desear!

No es de extrañar que en septiembre del año 1900 me dijera el ex presidente de aquella República, don Wenceslao Figuereo, cuando en su viaje por España estuvo en Madrid:

«—Créame usted, amigo mío... Cuando logren encauzarse en España las corrientes de emigración hacia nuestro país, la República Dominicana se convertirá bien pronto en uno de los mayores emporios de riqueza.

»Su suelo es inmensamente más fértil, más rico, y casi me atrevo á decir que más sano que el de la Península Ibérica; y allí, donde se profesa verdadero apasionamiento por todo lo español, donde la lengua oficial es la de España, los peninsulares habrían de encontrar facilidades para todo, labrando su bienestar y contribuyendo á nuestro engrandecimiento.

»Si alguna vez vuelven á estar en mi mano los destinos de nuestra República, no dude usted que una de mis aspiraciones más fervientes será llevar á la práctica el vasto proyecto de colonización que tengo en estudio; y á ello me alienta más y más el viaje por Europa que estoy haciendo, y en el cual he conocido de cerca, como yo deseaba, á la madre España.»

No he hecho otra cosa que trasladar al papel las palabras del general Figuereo, del hombre que después de diez y seis años de gobierno abandonó el poder sin dejar un enemigo tras de sí.

¿Se inspirará en las mismas ideas el actual dignísimo presidente de la República don Carlos F. Morales, que tan á satisfacción de sus gobernados rige hoy los destinos de Santo Domingo?... Así lo demuestran algunos de sus primeros actos de gobierno.

A. P. GUILLOT



DON CARLOS F. MORALES
Presidente de la República

